



FLY-BY
SOL ULGERADO

ALFONSO VALLEJO

LA AVISPA
COLECCION TEATRO - N.º 21

Primera Edición: 1986

Título: Fly-By; Sol ulcerado

© Alfonso Vallejo (1943-)

Depósito Legal: M.41273-1986

ISBN: 84-86217-22-9

CDU: 860-23” 19”

Maquetación: Francisco Ortiz Cuadrado

www.novtiz.es

Impreso en España- Printed in Spain

Fly-By

Alfonso Vallejo

Año de escritura: 1973

PERSONAJES

RECAREDO

BALTASAR

MIRINDA

DOCTOR

PATIENT

PELÁEZ

ANTOLÍNEZ

I

Parte I

Dos mesas frente a frente en algún remoto despacho de un ministerio, una enorme vacía, otra, pequeña y repleta de papeles. Llega Recaredo, un sujeto alto, obeso, colorado. Amplias cejas iluminan sus ojillos escudriñadores. Una enmarañada cabellera leonina, medio pelirroja o quemada, amarillenta y sucia da a su cara un algo de payaso retirado. Saca de una cartera una botella de whisky que vierte casi entera en una tetera con una falsa bolsita en su interior. Bebe, enciende una pipa. Llega Baltasar, se sienta en la mesa pequeña, se pone a trabajar febrilmente, ante la atenta mirada de Recaredo.

RECAREDO.- (Hojeando el periódico.) ¿Se ha fijado, Baltasar?... Llevamos más de veinte años en este ministerio, los dos solos en este despacho, frente a frente... y todavía no hemos cruzado una palabra. **(Bebe y fuma, lee alguna noticia, bosteza.)** La vida pasa... los años suceden a los años... caen las dictaduras, ruedan las cabezas de los dictadores por el suelo, se va acabando la energía, y usted y yo seguimos aquí... así, día tras día, en el más completo de los silencios... como si nada. **(Nuevo bostezo. Saca del cajón una mano de madera para rascarse la espalda. Vierte un spray, saca un bolígrafo con el que se rasca el interior del oído.)** Y esto que le estoy diciendo, se lo digo todos los días, así que si no ha nacido una amistad entre nosotros, no se debe a mi falta de insistencia... A veces levanta usted los ojos, me mira... y me digo: ¡ahora va a ser! ¡Tiene ganas de decirme algo! ¡Ha entreabierto la boca...! ...¡Creo advertir en sus ojos un deseo de comunicarse conmigo... algo en su pestaño, en su gesticulación, que me hace concebir esperanzas de que algún día lleguemos a entendernos!

(Silencio.)

Como es lógico alguna vez me he preguntado si sería usted mudo... Debe comprender que es natural. No lo tome a mal... Pero, no. Creo que debe tratarse de una extremada timidez o de un prudente comedimiento verbal, porque si fuera usted mudo, me diría usted siquiera... **(Remedando a un mudo intentando expresarse.)** ¡Uju, uju! ¡Aju,aju!... Pero ni eso... ¡Nada! No despegas los labios ni para beber agua... **(Queda parado como quien acaba de descubrir una gran idea.)** ¿Los tiene cosidos?... ¿Es eso?... ¡Oh! ¡Dígame ahora mismo quién ha sido capaz de hacer una cosa así, Baltasar, que le parto en dos!

(Baltasar levanta la cabeza de las cuartillas y mira a Recaredo. Es un tipo esquelético, huesudo, pequeño, con el pelo casi cortado al cero, lleno de costurones. Destaca lo penetrante de su mirada acerada, como de iluminado, lo nervudo de sus brazos y el color moreno de su piel. Silencio.)

¡Me ha mirado! ¡No lo puede negar! ¡Quiere usted decirme algo! ¡Vamos, adelante! ¡No lo piense más, abra la boca, mueva la lengua!

(Recaredo abre la boca, mueve la lengua, como iniciando una palabra trabajosa en un niño subnormal, con algunos sonidos guturales. Baltasar baja la cabeza y sigue trabajando. Recaredo de pronto, como si hubiera comprendido algo, se tapa la boca.)

¡Le falta la lengua ! ¡Lo acabo de descubrir ! ¡No tiene lengua !... ¡Usted ha sido torturado salvajemente ! ¡Ahora estoy seguro ! Usted... **(De pronto deja su aspecto aterrorizado, da un puñetazo en la mesa, lívido.)** ¡Pero, coño !, ¿me quiere usted decir algo de una puñetera vez ? ¡Aunque sólo sea una palabra, hombre ! ¡Un monosílabo siquiera ! No tenga miedo, no voy a interpretarlo mal, se lo juro... ¡Pero debe usted comprender que yo soy un ser humano y que como tal necesito comunicarme ! ¡Tengo inquietudes, preguntas, angustias que quiero exponer, dilemas que deseo discutir !... ¡Llevo veinte años enfrente de un tipo que no para de trabajar, encerrado en un mutismo de momia, de estatua ! ¡Ni eso, de poste !... ¿Pero me quiere decir de una vez qué demonios hace usted ahí ? ¿Qué calcula ? ¡Este ministerio es el de Trabajo, pero aquí no se trabaja ! ¡Ni el ministro ! ¡Que es ministro de Trabajo sin trabajo ! **(De pronto se da un nuevo golpe en la cabeza.)** ¡Ya está ! ¡Lo tengo... ! ¡Cómo no se me habrá ocurrido antes... ! Es usted... sordo.

BALTASAR.- No.

RECAREDO.- (Al borde del colapso.) ¡No ! ¡No puedo creerlo !... Pero... pero si tiene usted una voz muy bonita... ¡Divina ! Dígame, ¿ha estudiado en el conservatorio ? ¿Toma clara de huevo por la mañana ?

BALTASAR.- No.

RECAREDO.- ¡No ! ¡Claro... que no ! Ya lo entiendo... es el reposo... ¡El reposo de las cuerdas vocales ! ¡Ésa es la clave !

(Silencio.)

¡Bueno, da igual ! Lo que sea... Tiene usted la voz bonita porque su madre la tenía bonita... O porque su padre...

BALTASAR.- No.

RECAREDO.- Vaya... no doy una... **(Se vuelve a tapar la cara con horror.)** ¡A ver si no sabe decir más que no !

BALTASAR.- No. **(Pausa.)** Sé decir más cosas.

RECAREDO.- (Loco de contento.) ¡Sabe decir más cosas! ¡Formidable! Siga, siga... Estoy deseando escucharle todo lo que tenga que decir... Su acento es perfecto... varonil, comedido, recio, educado... con un trémolo final indescriptible... Ese no que dice usted, le suena en su garganta a rosas, querido... ¿Se ha percatado de su estupenda colocación labial? ¿Qué no podría hacer con las fricativas y las dentales? ¿Y con las guturales? Vamos, como utilizase las guturales en abundancia... lo suyo no sería voz, sino sinfonía... ¿Le importaría decirme algo más? Tengo la impresión de que mi soledad acaba de concluir.

BALTASAR.- No.

RECAREDO.- (Pálido.) ¿Otro no...?

(Silencio.)

¿Es usted idiota, Baltasar?

BALTASAR.- No...

RECAREDO.- ¡Y dale... !

(Silencio.)

¿No va a decirme que se piensa hundir en el silencio otros veinte años más, verdad?

BALTASAR.- ¡No! **(Cada vez con más fuerza, apretando las mandíbulas, casi gritando.)** ¡No! **(Se pone en pie.)**

RECAREDO.- ¡Yo ya me había hecho la ilusión de una entrañable amistad, de una jubilación coloquial en su compañía ! ¡Hable !

BALTASAR.- Cerdo.

RECAREDO.- (Volviéndose como si hubiera alguien más en el cuarto.) ¿Es a mí?

BALTASAR.- Yo también le vengo observando desde hace mucho tiempo, sigo cada uno de sus movimientos, le analizo, le estudio...

RECAREDO.- ¿A mí? ¿Pero qué le he hecho yo?

(Baltasar coge la tetera, bebe, escupe.)

BALTASAR.- Borracho...

RECAREDO.- ¿Cerdo... borracho? ¿Qué más? ¡Anda que si llega a tener lengua!

BALTASAR.- ¡Gordo, hipopótamo!

(Coge a Recaredo de la solapa.)

RECAREDO.- ¡Venga, venga! Prefiero esto a lo otro... ¡Hasta que se canse...!

BALTASAR.- ¿Cree usted que no sé para qué le han puesto ahí frente a mí?

RECAREDO.- ¿Para qué...?

BALTASAR.- Para espiarme...

(Asombro de Recaredo.)

¡Para delatarme! ¡Para encerrarme si es preciso!

(Asombro creciente de Recaredo.)

RECAREDO.- ¿Se droga usted, Baltasar?

BALTASAR.- ¡Pues bien, ahora ya lo puede saber! Durante este tiempo, amigo, no he estado en la inopia... He estado calculando, sí... ¿Y qué calculaba?... Pues el ángulo exacto, la altura precisa, la velocidad del viento, la exacta precisión de brazos... para que un hombre pueda volar.

(Silencio. Recaredo, atónito, sin dejar de mirarle a los ojos, bebe de la tetera.)

RECAREDO.- ¿Volar... eh?

BALTASAR.- Y ahora ya puede ir a decírselo a sus superiores... Ahora no me importa porque ya lo tengo...

RECAREDO.- Así que usted pensaba que yo era un confidente...

BALTASAR.- Yo construyo una ilusión práctica... Yo desarrollo una utopía y la convierto en realidad... Yo, amigo... vuelo... Puedo volar... Ahora, puedo volar...

RECAREDO.- ¡idiota! ¡Yo nunca he sido confidente! Yo...

(Baltasar se dirige a la ventana.)

¿Qué va usted a hacer...?

BALTASAR.- Volar, ¿no se lo acabo de decir?

RECAREDO.- Pero... ¿así? ¿Sin alas... sin motores...?

BALTASAR.- ¿Ha visto usted algún pájaro con motores?

RECAREDO.- Bueno... pero...

BALTASAR.- Respóndame...

RECAREDO.- No.

BALTASAR.- ¿Ve cómo tengo razón? **(Se sube al alféizar de la ventana.)**

RECAREDO.- ¡Quieto! Supongo... que no irá usted a saltar... Es el piso quince...

BALTASAR.- Claro que voy a saltar... Pero no sólo a saltar, querido... A saltar... y a volar...

RECAREDO.- (Sujetándole.) ¡No! ¡Baltasar, por favor, se lo ruego!... Espere siquiera que ponga unos colchones abajo... ¡Algo! ¡No puede saltar así...! ¡Póngase un casco siquiera...!

BALTASAR.- ¿Ha visto usted algún pájaro con casco?

RECAREDO.- No es eso...

BALTASAR.- Respóndame.

RECAREDO.- No, pero...

BALTASAR.- Entonces... **(Sonríe.)** Le repito que lo tengo todo calculado. No hay error posible... Esta vez no fallaré... No puedo fallar... Es muy sencillo, ya verá...

(Empuja a Recaredo, junta las manos, toma impulso y salta al vacío. Grito de Recaredo llevándose las manos a la cabeza. Al poco, estrépito de un cuerpo chocando contra el suelo entre cristales rotos. Cambio de escena. Pasillo de hospital.)

ANTOLÍNEZ.- ¿Es usted un imbécil?

RECAREDO.- No lo sé... señor ministro de trabajo...

ANTOLÍNEZ.- ¡Pues ya sabe eso de que no se acostará nadie un día sin aprender algo ! Es usted un imbécil. Y además un hipopótamo...

(Antolínez da vueltas por un pasillo de un hospital, en forma circular. Recaredo le sigue, algunos pasos atrás.)

RECAREDO.- Sí, eso es lo que dicen... señor ministro de Trabajo.

ANTOLÍNEZ.- ¡Y deje de llamarme señor ministro de Trabajo! Llámeme: señor ministro a secas... Suspenda esa horrible coetilla final que me produce náuseas...

(Siguen dando vueltas. Se oyen por algún altavoz llamar a algún doctor, rogándole que acuda a la sala de urgencias.)

¿Va usted a hacerme creer que se habían olvidado de ustedes? ¡Por grande que sea un ministerio... y por poco eficiente que sea, que la verdad es que es poco eficiente... ! ¿va usted hacerme creer que se habían olvidado de ustedes?

RECAREDO.- He dicho que lo supongo, señor ministro... Allí hace muchos años que no entra nadie... Nuestro despacho se encuentra al fondo de un pasillo muy oscuro...

ANTOLÍNEZ.- ¡Pero bueno, vamos a ver, cuál era esa sección !

RECAREDO.- Ejecutivos...

ANTOLÍNEZ.- ¿Y eso qué quiere decir?

RECAREDO.- Es lo que quisiera saber yo... Fue una idea antigua, casi de cuando yo ingresé en el ministerio. El ministro dijo que la sección de Ejecutivos era la piedra angular sobre la que giraba todo el ministerio de trabajo. Se constituyó... Después la gente se fue marchando. Otros se fueron muriendo... Y allí nos quedamos... ¿Qué íbamos a hacer? Estábamos olvidados...

ANTOLÍNEZ.- ¿Y por qué no se han quejado ustedes de que estaban olvidados, vamos a ver?

RECAREDO.- Lo hicimos, señor... Hicimos la instancia como nos dijeron, pusimos las pólizas, los timbres... la dejamos en el despacho del Superintendente de Ejecutivos, pero se olvidó de ella.

ANTOLÍNEZ.- Vamos a ver, ¿quién es el Superintendente de Ejecutivos?

RECAREDO.- Usted, señor... Es un cargo honorario...

ANTOLÍNEZ.- ¿Yo, verdad? ¡Sería el anterior ministro, digo yo ! Porque yo acabo de entrar... ¡El que ha organizado la Sección, que la arregle ! **(Sigue dando vueltas.)**

RECAREDO.- ¿Señor, le importaría dar vueltas al lado contrario? Me estoy mareando...

ANTOLÍNEZ.- ¡Para eso lo hago, idiota ! Para que declare...

(Se detiene. Recaredo sigue dando vueltas, como un burro en una noria, sujetándose la frente. ANTOLÍNEZ le coge del brazo.)

¿Qué hacían ustedes ahí en ese cuartito tan oscuro... eh? ¿Tocarse?

RECAREDO.- Nada... señor... Ni hablábamos siquiera...

ANTOLÍNEZ.- ¿Nada?... ¿Y esto, qué? **(Saca un rollo de papel lleno de cálculos.)**

RECAREDO.- No son míos... Yo no sé ni sumar...

ANTOLÍNEZ.- ¡Ni yo! Qué gracioso... Pero quiero saber in mediatamente que significan estos números...

(Recaredo, despacio, le da vuelta a la hoja de papel que Antolínez sostenía. Silencio.)

Sumar no sabrá usted, pero dar vueltas a las hojas de papel, sí que sabe...

RECAREDO.- Sí, eso... sí.

ANTOLÍNEZ.- ¿Qué es...? ¿Una bomba?

RECAREDO.- No lo sé exactamente, señor.

ANTOLÍNEZ.- Ya... entiendo... Necesita un ascenso para recordarlo, ¿verdad?

RECAREDO.- No he sido nunca confidente, señor...

ANTOLÍNEZ.- Pues ya es hora de que empiece usted a serlo... En el ministerio todo el mundo es confidente... Hasta yo que desde muy niño tengo la costumbre de espiarme...

RECAREDO.- Creo que eran cálculos para volar.

ANTOLÍNEZ.- ¿Un avión? ¿Un jet? ¿Un misil acaso? ¡Confiese!

RECAREDO.- No... Volar... Así...

(Abre los brazos, los mueve tímidamente. Silencio. Antolínez le coge por una mejilla.)

ANTOLÍNEZ.- Bromas ni una, ¿eh?

RECAREDO.- Fue lo que hizo... Se lo juro... Abrió la ventana... Y...

(Remeda a Baltasar ante el asombro de Antolínez.)

ANTOLÍNEZ.- ¡Sígame !

(Abre la puerta del cuarto de Baltasar. Se ve una masa informe de escayola con múltiples tracciones en diferentes sitios. Mirinda se encuentra sentada al lado. Con sonrisa de actor curtido...)

Señora... a sus pies... No sabe cómo lo siento...

MIRINDA.- No soy su señora... Perdone.

ANTOLÍNEZ.- ¡Qué estúpido soy ! Claro que no... Usted debe ser su hermana. Claro... **(Pensativo.)** ¿Cómo era su nombre?... María... Clotilde...

MIRINDA.- No...

ANTOLÍNEZ.- ¿Filomena? ¿Acaso Gertrudis o Cecilia?

MIRINDA.- No... Verá es que tampoco soy su hermana...

ANTOLÍNEZ.- (Serio.) ¿No?... ¿Su cuñada? ¿Su prima?

MIRINDA.- Soy... su querida.

(Silencio.)

ANTOLÍNEZ.- Entiendo... **(Mira a Recaredo. Con fingido afecto...)** ¡Hola Baltasar ! **(Se dirige hacia lo que él considera ser la cabeza.)**

BALTASAR.- Tengo la cabeza aquí...

ANTOLÍNEZ.- (Poniendo la mano en un bulto de la escayola.) ¿Aquí?...

BALTASAR.- Más a la derecha...

ANTOLÍNEZ.- Esto debe ser...

BALTASAR.- Eso es la cadera...

ANTOLÍNEZ.- Entonces... esto...

BALTASAR.- Eso es... Bueno... eso es otra cosa... Suba...

(Antolínez va golpeando encima de la escayola.)

Ahí.

ANTOLÍNEZ.- El golpe ha sido... un golpe... **(Chillando.)** ¡Baltasar, cómo se encuentra !

BALTASAR.- No estoy mal...

ANTOLÍNEZ.- Soy el ministro de... **(Duda.)** ¡Su ministro !

BALTASAR.- Ya...

ANTOLÍNEZ.- Diga, Baltasar, que no crea que les hemos olvidado... Lo que ha pasado es que no queríamos que se les molestase para que pudieran trabajar tranquilos...

BALTASAR.- Gracias.

ANTOLÍNEZ.- De nada...

(Silencio. No sabe cómo abordar el problema.)

Buena ha puesto usted la pared de sangre... ¿Sabe lo que dicen los de la oposición? ¡Qué tiramos por la ventana a los empleados disidentes! **(Ríe falsamente.)** Dicen que los que no son confidentes les asomamos a la ventana para que vean el desfile militar y cuando se encuentran más distraídos, los cogemos de los pies y les lanzamos al vacío...

(Ríe. Mira a Recaredo; éste se seca el sudor.)

¿Qué le parece?

BALTASAR.- Muy mal. Qué quiere que me parezca... Una falta de respeto a los derechos humanos...

ANTOLÍNEZ.- ¿Cómo dice?

BALTASAR.- ¡Una falta... !

ANTOLÍNEZ.- ¿Qué? ¡Hable más fuerte ! ¿De... qué?

(Baltasar rompe la escayola a la altura de la cabeza.)

BALTASAR.- ¡Que me asfixio, coño ! Vaya una forma de poner escayolas...

(Baltasar ha sacado la cabeza por otro sitio a donde Antolínez tenía puesta la mano. Y curiosamente este sitio corresponde a zonas íntimas. Respingo de Antolínez.)

ANTOLÍNEZ.- ¡Vaya !

MIRINDA.- Amor mío...

BALTASAR.- Mirinda...

ANTOLÍNEZ.- ¡Dónde le tenía puesta la mano... !

RECAREDO.- Baltasar...

ANTOLÍNEZ.- ¡Y encima dándole golpecitos de alivio para consolarle !... ¿A que le ha gustado, cerdo?... ¡Todo un ministro percutiéndole la pirindola a un polifracturado de la sección de Ejecutivos ! A eso hemos llegado en la democracia... ¡Y en día festivo ! ¡Día de descanso por definición ! ¡Sin cobrar un céntimo !... ¿Qué dicen de los derechos humanos a eso, eh?... Ay... Baltasar... cuando consigan descifrar estos cálculos los especialistas... veremos quién le da golpecitos a quién... ¡Porque si resulta que esto son fórmulas balísticas como supongo... verá usted en qué se va a entretener los domingos... querido... ! **(Sale. Desde la puerta.)** No abandone el hogar, no salga del país, no beba cerveza ni ronque por la noche... **(Pausa.)** Es un consejo.

(Gesto a Recaredo, enérgico. Sale con Recaredo mientras Mirinda le limpia el sudor en silencio, con gran ternura, muy despacio. Se miran. Recaredo sale con Antolínez, le coge por el brazo, le mira duramente.)

En cuanto se recupere, volverá al trabajo... Como antes... Van ustedes a seguir estando olvidados. Pero no del todo... Usted va a tener la gentileza de tenernos al corriente de todos los pormenores... ¿Me explico?

**(Silencio. Recaredo permanece lívido con las mandíbulas apretadas.
Antolín se retira hacia el fondo del pasillo.)**

RECAREDO.- Señor...

ANTOLÍN.- ¡Ah, se me olvidaba, dentro de pocos días, por delante de esta ventana, pasará un desfile militar ! **(Pausa.)** ¿Decía usted algo Recaredo?

(Silencio.)

RECAREDO.- Nada, señor.

(Sale Recaredo. Acción a la cama de Baltasar.)

BALTASAR.- Por fin te veo...

MIRINDA.- Oh...

(Le besa apasionadamente.)

BALTASAR.- Lo he conseguido... Mirinda... ¿Lo sabías?

MIRINDA.- ¿Qué? ¿Por qué te has intentado suicidar?

BALTASAR.- ¿Suicidarme?

MIRINDA.- ¿Qué has conseguido?

BALTASAR.- Volar...

MIRINDA.- Ah... Volar...

BALTASAR.- Sí, volar.

(Acariciándole la frente.)

MIRINDA.- Tienes que descansar, amor mío... Tienes fiebre...

BALTASAR.- ¡Lo he conseguido !

MIRINDA.- Claro... Lo comprendo... **(Como quien no cree una palabra.)**
Cierra los ojos, cariño... Duerme...

BALTASAR.- ¡He volado ! ¡Tienes que creerme ! ¡Lo he conseguido, Mirinda ! Ya casi no queda nada... unos cuantos cálculos más... detalles sin importancia...

MIRINDA.- (Balbuceando.) Oh... ¡No... ! Vuelve en ti... No desvaríes... Debe de ser la fiebre... Hay... hay quien te vio caer... Dicen... no lo tomes a mal... Dicen que caíste como una piedra...

BALTASAR.- ¡Mentira ! ¡Eso fue al principio ! ¡Los primeros veinte o treinta metros ! Pero después... volé...

MIRINDA.- Te estás volviendo loco... Dios mío... ¿De qué hablas?

BALTASAR.- ¡Hubo una ascensión clarísima !

MIRINDA.- ¡No ! ¡No !

(Le besa como no queriendo dejarle delirar.)

BALTASAR.- ¡Una ascensión de por lo menos veinte o veinticinco milímetros ! ¡O quizá más !

MIRINDA.- ¿Milímetros?... ¿Y a eso le llamas volar?

BALTASAR.- ¿Y qué quieres? ¿Que haga Madrid-Valencia en una hora?... ¡Me elevé ! ¡Y eso es lo que importa ! Sentí un impulso hacia arriba... ¡Clarísimo ! ¡Hacia las estrellas !

MIRINDA.- ¡Calla ! ¡Desvarías !

(Le besa.)

BALTASAR.- ¡Y la próxima vez serán treinta ! ¡Y la otra, cuarenta ! ¡Y cincuenta ! ¡Y un día te diré: súbete encima corazón mío ! Se acabó el metro y el autobús... Monta que te llevo...

MIRINDA.- (Furiosa.) ¡Como Superman, no !

BALTASAR.- ¡Qué coño Superman ! ¡Como un pájaro !

MIRINDA.- ¡No ! ¡No ! Por favor, calla...

(Le besa con pasión de nuevo. De pronto se rompe la escayola que cubría sus partes íntimas. Alarido de Mirinda.)

BALTASAR.- ¡Y deja de besarme ya ! ¡Que aunque te parezca mentira, también ahí tengo una fractura ! Y como no suelde bien... veremos a ver qué te inventas para los fines de semana.

(Cambio al despacho del ministerio. Se ve entrar a Recaredo. Repite los mismos gestos que al principio. Pero de pronto, con una rapidez increíble, saca una máquina fotográfica, se dirige a la mesa de Baltasar, empieza a hacer fotos, con muy poca destreza, tirando papeles, pero a toda velocidad. Después se vuelve a sentar, impasible, con cara de espía incipiente, pero falsamente maligno. Entra Baltasar, con más cicatrices en la cabeza, se sienta y empieza a calcular febrilmente, acompañando los cálculos de posturas aerodinámicas con los brazos, se levanta, inicia movimientos con los hombros, ante la mirada de Recaredo. De pronto Baltasar se vuelve.)

BALTASAR.- Todavía no le he dado las gracias por venir a verme al hospital...

RECAREDO.- Yo... yo... **(Balbucea.)** bueno... no tiene importancia.

(Coge la tetera, muy nervioso, con algo simpático, y bebe un vaso de té de un trago. Tose por el efecto del whisky. Baltasar le observa detenidamente. Recaredo se seca el sudor.)

BALTASAR.- Le diré más... en el último tiempo vengo observando que entre usted y yo se va creando una atmósfera de amistad y comprensión...

(Nuevo vaso de whisky de Recaredo, se seca el sudor.)

Algo de lo que usted hace ya algún tiempo me habló... Sí, tenía usted razón... Sería bonito que se crease entre nosotros un clima de confianza... alguna forma de compenetración... Porque supongo que usted cree en la amistad, ¿no?

RECAREDO.- (Descompuesto, como un niño.) Sí... sí creo... **(Se seca los ojos con un enorme pañuelo.)**

BALTASAR.- ¿Qué está haciendo? Le encuentro algo raro...

RECAREDO.- Yo... yo es que... estoy... estoy triste... porque... se ha muerto mi tía y cuando me acuerdo de ella, se me saltan las lágrimas...

BALTASAR.- Ahora está todo claro...

(Sigue realizando movimientos que por su plasticidad recuerdan a los de los pájaros. Hay algo de ballet, algo bello que tiene a Recaredo hipnotizado.)

¿En qué está usted pensando?

RECAREDO.- (Con un hilo de voz, triste.) Lo hace usted tan bien...

BALTASAR.- Parece como si le diera pena...

RECAREDO.- No... no es eso... Es que... **(Cara de tristeza hipopotámica, intenta contener las lágrimas, algún puchero, vuelve a sacar el pañuelo, se seca los ojos. Se suena con un ruido terrible.)**

BALTASAR.- ¿Quería usted mucho a su tía?

RECAREDO.- La adoraba... **(Pausa.)** Baltasar... yo... yo...

(Silencio.)

BALTASAR.- (Sin dejar de hacer ejercicios.) ¿Qué...?

RECAREDO.- (Mordiéndose el labio para no decir lo que estaba pensando.)
Yo la quería mucho... **(Río de lágrimas y vergüenza de un aprendiz de espía con corazón de niño.)**

BALTASAR.- ¡Vamos, vamos! Consuélese... Piense en sus familiares... en su esposa... en sus hijos...

RECAREDO.- No tengo esposa... no tengo hijos... No tengo a nadie... Soy una masa de carne con ojos... No merezco vivir... No tengo destino ni propiedad alguna... ¡Mi padre fue fontanero y mi madre, puta! Mi padre murió en la guerra. ¡Mi madre se metió en un circo! **(Va hablando cada vez más rápido.)** ¡Se lió con un enano! ¡Yo tuve que formar pareja con él, de payaso, siendo un niño!

BALTASAR.- Tranquílcese...

RECAREDO.- ¡Y cuando comenzábamos a medio vivir, un león se comió al enano ! ¡Mi madre se lió con otro enano, y otro león se lo comió ! ¡Así, uno tras otro iban muriendo en las fauces del rey de la selva, hasta que el circo quebró ! **(Empieza a reír, histéricamente.)** ¡Porque lo más gracioso es que el circo también era enano ! ¡Un circo de enanos ! **(Ríe.)**

BALTASAR.- ¿Por qué no aprende a volar...?

RECAREDO.- ¡Entonces me coloqué en el ministerio, me hicieron de la sección de Ejecutivos... ! **(Pausa. Da un respingo, como si hubiera comprendido la proposición de Baltasar con retraso.)** ¿Cómo ha dicho?

BALTASAR.- ¿Por qué no aprende a volar? Es bien sencillo... Hay que tener un poco de decisión, pero después todo es bien fácil...

RECAREDO.- ¿Usted cree que yo...?

BALTASAR.- Saltas, abres los brazos, te dejas mecer suavemente por la brisa...

RECAREDO.- ¿Usted cree que yo, pobre de mí...?

BALTASAR.- ... planeas... asciendes... el sol desaparece. hace frío... Es como si una marea incontenible se fuera adueñando de tu cuerpo, como si tú mismo te fueras haciendo más tú, más entero...

RECAREDO.- Oh...

BALTASAR.- Aquel hueco aéreo se abre ante ti... El aire está limpio y alta la mañana... Estás libre... ¡Has huido !

RECAREDO.- Oh...

BALTASAR.- La miseria, el dolor, la pobreza quedan allí... Y entonces... ¡entonces gritas... ! **(Inicia un pequeño grito.)** ¡Estás libre ! ¡Has huido ! Y por eso gritas... **(Grito más fuerte.)** ¡Una y otra vez ! **(Grito. Recaredo se va irguiendo, como hipnotizado.)** Allí Francia... Allí Inglaterra... Allí... el Polo Norte... Y más allí, el Polo Sur...

RECAREDO.- ¿Tanto se ve...?

BALTASAR.- ¡Y gritas ! ¡Porque tienes que gritar, porque es un grito que nace de ti, que te pertenece !

(Grita. Y Recaredo, casi por mimetismo, inicia un pequeño grito.)

RECAREDO.- ¡Quiero volar... ! ¡Necesito volar !

(Grito de Baltasar, correspondido por Recaredo, ambos con una extraña mirada, poseídos de una extraña energía. De pronto se hace un silencio denso entre los dos hombres, como si fueran enfriándose paulatinamente. Baltasar observa a Recaredo.)

Lo... lo que no entiendo... es por qué hay que... gritar...

(Silencio.)

BALTASAR.- ¿Por qué? **(Sonrisa fría.)** Porque después hay que caer.

(Silencio. Recaredo se seca el sudor.)

RECAREDO.- Ah... Después hay que caer... Claro... es lógico...

BALTASAR.- Usted mismo lo ha visto hace unos días... Pudo contemplar mi vuelo desde la ventana...

RECAREDO.- ¿Su vuelo?

BALTASAR.- Veinticinco centímetros... Veinticinco milímetros... Da igual...

RECAREDO.- Ya...

BALTASAR.- ¿O no lo recuerda...?

RECAREDO.- (Escéptico.) Sí...

BALTASAR.- Al principio caí, no voy a negarlo... Pero a los veinte metros... llega un punto... un punto preciso... ¡Y ahí debes luchar ! ¡Mover los brazos, inclinar los hombros ! **(Va realizando los movimientos.)**

RECAREDO.- Claro...

BALTASAR.- ¡Una vez, otra, otra ! ¡Más rápido ! ¡Intentando desesperadamente salvarte !... Y de pronto... de pronto...

RECAREDO.- (Interesado de nuevo.) ¿Qué...?

BALTASAR.- Sientes un impulso hacia arriba...

RECAREDO.- ¿Fuerte?

BALTASAR.- Como si el cuerpo efectivamente recibiese hacia arriba un impulso igual al volumen del aire que desplaza...

RECAREDO.- Vaya...

BALTASAR.- Hinchas el pecho... te deslizas... **(Pausa.)** Vuelas.

(Silencio.)

RECAREDO.- Yo estoy muy gordo... Creo que voy a dejarlo. Llevo así toda la vida... Es tarde...

BALTASAR.- ¿Verdad? **(Vidrioso.)** En el fondo no sé para qué le he contado todo esto...

RECAREDO.- Lo siento. Yo soy un pobre hombre... No sabría qué hacer en el aire...

BALTASAR.- Y eso que no le he contado lo mejor... El aterrizaje.

RECAREDO.- Porque hay que aterrizar... ya veo...

BALTASAR.- No va a quedarse toda la vida ahí arriba...

(Silencio.)

RECAREDO.- (Cada vez más avergonzado, sin atreverse a mirar a Baltasar.)
¿Duele?

BALTASAR.- Primero se nota un dolor en la espalda, como de lumbago... Y se va haciendo un poco más fuerte... Después sientes un dolor en los talones... como si te rompiesen los tobillos... notas que la cabeza te estalla, escupes algunos dientes...

RECAREDO.- Vaya...

BALTASAR.- Te incorporas como puedes, si puedes... y al primero que pasa por tu lado, antes de entrar en coma... le dices con tus últimas fuerzas, ¿señor, le importaría llamarme a una ambulancia?

(Recaredo tiene la cabeza baja. Baltasar va hacia la ventana. La abre de un golpe. Entra un viento frío que levanta las cuartillas. Respingo de Recaredo.)

RECAREDO.- ¿Qué va usted a hacer?

BALTASAR.- Saltar...

RECAREDO.- ¡No ! ¡Otra vez, no ! ¡Se lo prohíbo ! ¡No !

BALTASAR.- Treinta... cuarenta... cincuenta centímetros... O milímetros... La teoría ha concluido. Hay que pasar a la práctica... **(Pausa.)** Si tuviéramos una cámara...

(Recaredo cierra los ojos.)

Para corregir posiciones de brazos... ¿Tiene usted una cámara?

RECAREDO.- Yo... yo... **(Cierra los ojos, empieza a llorar en silencio, tragándose las lágrimas.)** Yo... yo...

BALTASAR.- O sí o no.

(Silencio.)

RECAREDO.- Sí...

(Mete la mano en la cartera, saca la cámara, y sin mirarle, se la tiende. Silencio.)

BALTASAR.- Pero pensándolo bien... creo que no va a servir... Será mejor guardarla para el desfile... ¿Verdad?

(Grito contenido de Recaredo, mordiéndose los labios. Baltasar toma carrerilla. Recaredo corre a sujetarle para que no salte. Le agarra ya en el aire, con una mano sujeta al marco de la ventana y el cuerpo casi en el vacío. Baltasar cae en el vacío. Recaredo intenta sujetarle en un último intento, se le vence el cuerpo y cae en un grito descendente, patético y desgarrado.)

(Sala de un manicomio. Un Doctor sentado, con una rara peluca, teñida de dos colores, aspecto estafalarario, dando vueltas a su cabeza, como relajándose el cuello. Mirinda, enfrente.)

DOCTOR.- Sí... me temo que sí, señorita... Esta vez tendrá usted que inventarse algo para los fines de semana...

MIRINDA.- Me lo estaba temiendo...

DOCTOR.- Comprendo su dolor... Dígame, ¿sabe jugar al ajedrez?

MIRINDA.- No... por desgracia...

DOCTOR.- Tome...

(Abre un cajón y le da un libro.)

Me cae usted simpática. Aprenda.

(Silencio.)

MIRINDA.- ¿Le ha quedado mucho, doctor?

DOCTOR.- Para mear necesitará un buen par de pinzas...

MIRINDA.- Me lo estaba temiendo...

(Silencio.)

¿Es difícil el ajedrez, doctor? **(Hojea el libro.)**

DOCTOR.- Depende de la ilusión con que se coja...

MIRINDA.- ¿En cuántos trozos se le ha partido? ¿Han encontrado los restos...?

(Silencio.)

¿Por qué se empeñará en caer así y no como todo el mundo?

DOCTOR.- No ha caído. Ha aterrizado... Ha volado, señorita... No mucho... Pero ha volado... Hay evidencias de que por lo menos ha planeado algo... Según parece iba con los brazos abiertos... **(De pronto, abre los brazos como un águila, se transfigura, con los ojos fuera de las órbitas.)** ... deslizándose como un águila sobre las capas del aire... Pero vino un viento contrario que le desniveló... ¡Él hizo por reponerse, intentó adelantar las garras hacia el suelo... ! ... No le dio tiempo... Aterrizó con el bajo vientre, sin haber podido abrir el tren de aterrizaje... ¡Había una botella partida!... *¡Zas, zas, zas!* **(Vuelve a su posición inicial, inmutable.)** Eso fue todo.

(Silencio. Tiene un limón colgado de la oreja.)

Yo creo mucho en la capacidad de transcendencia del hombre... ¡Mucho! ¡Muchísimo! ¡El caso de su amado... me apasiona!... Estamos intentando experimentos muy interesantes, señorita... Psicoterapia de grupo. Estamos entusiasmados... Muchos están intentando aprender...

(Mirinda observa al psiquiatra con desconfianza.)

MIRINDA.- ¿Qué lleva usted colgado de la oreja?

DOCTOR.- Un limón... Si me lo quito, no oigo... ¿Le molesta?

MIRINDA.- Me parece algo raro... Aunque estemos en un manicomio... Da dentera.

DOCTOR.- Está bien...

(Se lo quita. Gira la cabeza.)

MIRINDA.- ¿Podría verle un instante, doctor? Se lo suplico...

(El psiquiatra la observa. Silencio.)

Yo... le quiero... ¿entiende? Le... adoro...

DOCTOR.- Se lo aseguro... Usted me cae muy bien... Todos los que sufren en este asqueroso mundo me caen muy bien... Hasta yo me caigo muy bien. Pero es porque también sufro con el dolor ajeno... **(Pausa.)** Pero es inútil... sin limón no hay nada que hacer... Es mi clavo ardiendo. Debe usted comprenderlo... ¡Necesito este limón como si fuera una víscera más !... Sin él oiría todo... Y eso sería terrible... No creo que sería capaz de aguantarlo ! **(Se tapa la cara con las manos.)** Estoy cansado... Muy cansado... Y en cuanto estos pobres seres lleguen a entender que un cuerpo lanzado al vacío experimenta un impulso hacia arriba igual al volumen de aire que desplaza... le juro... le juro que cojo las llaves de la terraza, se las tiro... y... y... **(Se le ha quebrado la voz. Se pone lentamente el limón en la oreja.)** Pase... al fondo del pasillo... a la derecha... La puerta está abierta.

(Mirinda entra en un cuarto después de haber mirado en algunas puertas. Entra. Se ve la misma escayola con la que estaba tapado Baltasar. Mirinda le acaricia. El Doctor sigue con la cara tapada. Se ha quitado el limón lentamente.)

MIRINDA.- (A punto de llorar.) Pobre... Unas pinzas para mear... **(Llora.)** Como si fueras a quitarte una pestaña... Pobre...

(Le acaricia la escayola, la abraza, la besa, se frota contra ella, despacio. De pronto el Doctor da un brinco, se levanta, tira el limón al suelo, se arranca la peluca, va hacia la ventana, la abre de una patada. Entra un chorro de luz del patio que le da en la cara. Se encuentra fuera de sí, erguido, potente, como si hubiera tomado una decisión terrible.)

DOCTOR.- ¡Queridos enfermos y compañeros de sufrimiento !... Tengo algo que deciros...

(Clamor fuera. Piden silencio.)

¡Estoy harto ! Y como estoy harto, supongo que todos vosotros estaréis también hartos...

(Aplausos fuera. Gritos.)

Y como estamos hartos todos nosotros... es de suponer que habrá muchos de nosotros que estén también hartos... Y es de suponer también que en otros puntos, otros hombres como nosotros estén también hartos desde hace mucho tiempo...

(Silencio general.)

¡Nos hemos colgado limones de las orejas para no oír! ¡Nos hemos puesto pelucas para disfrazarnos y hemos negado la máxima evidencia con la máxima negación!

(Silencio.)

¡Pero ahora algo ha entrado en nuestras duras cabezas! ¡Sabemos algo! ¡Lo creemos todos! ¡Nos lo han demostrado!... ¿Vamos a negarlo otra vez? ¿Otra vez? ¿Durante cuánto tiempo?... El hombre puede volar... Debe poder volar... ¡Le hemos visto tirarse de lo alto de la terraza... una, cien, mil veces!... Y capado o no... ha sabido aterrizar... ha volado... **(Silencio.)** Pues bien, yo ahora os digo que quien lo crea así... quien quiera huir de este asqueroso manicomio... que lo haga... Quien crea en la evidencia, que la acepte sin negación. **(Silencio. Quita una llave del llavero, la tira al patio por la ventana desde la que habla.)** Esta es la llave de la terraza. El que quiera saltar, que suba y se tire.

(Silencio. Clamor general. Poco después, el bulto que cubría las partes íntimas del enfermo, se rompe bajo las caricias de Mirinda a la escayola y sus tristes llantos. Mirinda se retira unos pasos.)

MIRINDA.- ¡Oh... milagro... ¡Milagro! **(Mete la mano por el agujero. Cara de asombro.)** Vaya un cañón... **(Levanta la cara al cielo, acariciándola.)** Gracias...

(De pronto se rompe la porción de la escayola y aparece la cara de Recaredo.)

RECAREDO.- De nada, hija... Sigue, por favor... No quiero otra terapéutica... Cúramelo todo así...

(Oscuro.)

II

Parte II

Se ve al Doctor, sin peluca, sin limón en la oreja, más pálido y ojeroso, frente a Antolínez, despeinado, sin chaqueta, en mangas de camisa, fuera de sí, en un despacho del manicomio. Una mesa.

ANTOLÍNEZ.- ¡Así que vengo hasta este repugnante manicomio para interesarme por dos funcionarios de mi ministerio aquejados de una extraña locura, y me encuentro al aparcar el coche, que en vez de tirarme arroz y flores que es lo que merezco... desde lo alto de la torre, me tiran locos ! ¡Y caen a mis pies ! ¡Y se revientan contra el suelo, se les salen los sesos por la boca, me salpican de sangre... ! ¡Pero bueno, qué forma de recibir a un ministro es ésta... !
¿Qué pretendía usted, so chiflado, darme un locazo en la cabeza?

DOCTOR.- No, señor...

ANTOLÍNEZ.- ¡Pues sí no lo pretendía, me lo ha dado ! ¡Mire... ! (**Le enseña un enorme chichón sanguinolento.**) ¡Con un fémur ! Y menos mal que ya era de rebote, que sí me coge a la primera... Mire usted el que está clavado de cabeza en el capot... Le llegan los dientes al chasis... (**Pausa.**) ¡Y en día festivo ! Sin cobrar un céntimo... Ea...

DOCTOR.- Lo siento... No sé qué me entró, señor ministro... Se apoderó una locura de mí... Pero no se inquiete, sus dos funcionarios están bien... No pudieron saltar al vacío ni escaparse... Estaban todavía escayolados...

ANTOLÍNEZ.- ¿Cómo ha dicho usted? ¿Escaparse...?

DOCTOR.- Sí... Cinco han muerto... veinte están heridos... pero cinco...

ANTOLÍNEZ.- ¿Qué...?

DOCTOR.- Han volado.

(Silencio. Antolínez se clava las uñas en la cara.)

ANTOLÍNEZ.- ¡Le voy a meter una bofetada... !

DOCTOR.- Han volado...

ANTOLÍNEZ.- ¡Silencio, hombre ! ¡Me estoy empezando a hartar ! ¿Pero usted se cree que soy tonto? ¿Es que tengo cara de tonto? (**Pausa.**) Como se le ocurra decir que sí... (**Pasea secándose el sudor.**) De un tiempo a esta parte no hago más que escuchar esa repugnante palabra... Parece que todos se han vuelto locos con los delirios de ese esquizofrénico...

Parece que no les basta todo lo que les damos... ¡Tienen de todo ! ¡Hasta pastillas para convencerse de todo !... ¡Pues nada ! No les basta... Quieren volar... ¡Volar ! ¿Quiere que le diga una cosa? ¿Sabe usted a qué venía? ¿Sabe lo que han dicho los especialistas de los cálculos de ese Baltasar? ¡Que son cálculos para volar !... ¿Y sabe lo que han hecho?... ¡Pues cogerse de la mano y saltar todos juntos al vacío !... ¡Hasta yo mismo, fíjese bien, que llevo toda una vida sin dudar de nada, para ahorrar esfuerzo... ahora... resulta... resulta que dudo... ! **(Pausa.)** ¿Será posible volar, me pregunto?... ¡Y lo bueno es que a mí volar no me hace falta para nada ! ¡Si yo tengo un avión ! Pues me asomo a la ventana... y siento algo dentro de mí...

(Suena el teléfono, lo coge el Doctor. Se lo entrega al ministro de Justicia.)

DOCTOR.- Para usted... El ministro del Aire.

ANTOLÍNEZ.- Aquí el ministro de... ¡Bueno, Antolínez !... Sí, hola... ¡Cómo ! ¡Cinco objetos no identificados?... ¿Qué?... ¿Hombres?... Ya... Claro, claro, para ir volando así tienen que estar locos... ! Claro... ¡Seguro !... Bueno, sí, trabaja en mi ministerio en la sección de ejecutivos... Un tipo extraño... Ya te hablaré... ¡Claro, seguro que hablaremos ! Por favor... en la vida sería capaz de invadir tu terreno... A tu disposición... Te espero.

(Cuelga el teléfono, se miran. Silencio.)

Está visto... los domingos hay que quedarse en la cama. **(Saca unos papeles del bolsillo.)** ¿Sabe usted matemáticas?

DOCTOR.- Tengo alguna noción... **(Mira la cuartilla, le da la vuelta.)**

ANTOLÍNEZ.- No se preocupe... tengo costumbre... Adelante...

(El Doctor empieza a leer las cuartillas. Antolínez pasea por el cuarto, nervioso. Pasa por delante de la ventana, mira. Sigue. Vuelve a pasar, se acerca. Mira. Pasea. Se asoma con medio cuerpo fuera. Vuelve a entrar pálido, con el pecho hinchado, como iluminado.)

(Para sí.) Vaya... cómo tira... **(Asoma medio cuerpo fuera. Respira hondo. Vuelve a entrar, pálido pero radiante.)** Y el caso es que no debe ser tan difícil... Si el cuerpo experimenta un impulso... ¡Pero bueno, qué digo, si no me sé ni la ley de Arquímedes ! ¡Vamos ! **(Sigue paseando.)** ¿Acaba?

DOCTOR.- Estoy en ello...

(Antolínez pasea. Vuelve a pasar delante. Se vuelve a asomar, cada vez más, cogiéndole confianza al vacío.)

ANTOLÍNEZ.- Debe de ser algo... fantástico... Vaya, parece que te chupa...

(Se vuelve hacia el Doctor.)

¡Eh, oiga, parece que te chupa... !

DOCTOR.- (Enfrascado.) ¡Ya está !

(Da tal grito que Antolínez, del sobresalto, pierde el equilibrio y cae al vacío, con un grito incontenible, descendente. Ruido de una cabeza incrustándose en un capot. El Doctor se vuelve.)

¡Señor ministro... ! **(Silba.)** ¡Señor ministro... ! **(Silba.)** Vaya... ¿dónde se habrá metido?... Señor ministro... **(Se asoma a la ventana.)** Señor ministro... ¿está usted por ahí?

ANTOLÍNEZ.- Aquí abajito estoy, rico...

DOCTOR.- ¡Pero bueno, ¿qué hace usted ahí en el capot? ¿Arreglando el coche? ¿Por dónde ha bajado?

ANTOLÍNEZ.- Por donde todo el mundo, hombre...

DOCTOR.- ¡No ! ¡No me diga que se ha tirado ! **(Empieza a reír.)** ¡Y si se viera patas arriba, incrustado en el capot... !

ANTOLÍNEZ.- Ande, ayúdeme a salir... No sea tan guasón... hombre... que estoy mordiendo el motor de arranque... Pero tenga cuidado, que chupa...

DOCTOR.- Bueno... con la cantidad de alpinismo que yo he hecho...

(Se va a volver pero se detiene con cara de estornudo prolongado. Da algún traspies, se da la vuelta, estornuda y cae por la ventana, al inclinársele la cabeza violentamente hacia delante. Se ve a Antolínez y al Doctor con un casquete de escayola puesto en la cabeza. Diversos esparadrapos. Se hallan sentados delante de Peláez, un tipo alto, vestido con el uniforme de aviación. Tiene rasgos esquizofrénicos, una nariz aguiluña imponente. Gesticula abundantemente.)

PELÁEZ.- Así que yo, todo un ministro de Aviación, a los mandos del *superjet* que intentaba vender a la delegación japonesa... ¡Así que yo, héroe de dos guerras, cuando intentaba cruzar la barrera del sonido a diez mil metros... con una temperatura exterior de menos cincuenta grados... de pronto... miro en el radar... !¿Y qué dirán que veo?... Cinco objetos no identificados... ¡Rápidamente calculo la distancia que me separaba de ellos... toco a zafarrancho de combate, preparo los misiles ante el estupor de los japoneses que decían... **(Imita el acento japonés.)** ¡*Glu, gli!* ¡*Gli, glu!* ¿Y qué dirán que veo? Cinco cuerpos, amplios de cabellos, dilatado el tórax, agarrados al viento, moviendo los brazos como cinco gigantes cascas aves, con los ojos fijos en el infinito...

(Silencio.)

¡No puede ser, me digo ! ¡Estoy borracho ! ¿Ven ustedes lo que veo, japoneses?... *Glu, gli... Gli, glu...* me contestan... Pero como yo no sé japonés... no puedo entenderles... ¡No pueden ser pájaros, me digo ! Llevan pijama y tienen cara de hombre... ¡Ya está ! ¡Estarán locos... ! Porque sólo un loco puede hacer algo semejante... Y entonces decido hablarles por el superaltavoz gigante... ¡*Identifíquense de inmediato ! Les habla el ministro del Aire...* ¿Qué hacen ustedes ahí?... Volar, me contestan... ¿No lo ve? ¡Pero hay que estar loco para volar sin alas y sin motores, les replico !... Es que precisamente... estamos locos...

DOCTOR.- Señor ministro...

PELÁEZ.- ¡Silencio !... Entonces los japoneses, por signos japoneses me dan a entender que los quieren comprar... *Glu, gli, glu gli, me decían. Te damos el oro y el moro... Métete en el culo el superjet que nos quieres vender... ¡Eso, eso ! ¡Muy bueno ! ¡Más ! ¡Queremos de eso !*

ANTOLÍNEZ.- La fórmula pertenece al ministerio de trabajo... ¡Y además, no sirve!

PELÁEZ.- ¡Y una mierda para ti! ¡Qué tiene que ver el Trabajo en esto...! ¡Pero ustedes cómo van a saber interpretar fórmulas aerodinámicas! Prueba de ello: ¿Qué hacían ustedes incrustados en el *capot*! El espacio no está hecho para burócratas, sino para los aventureros... para los valientes y los locos... ¡Gente como yo! ¡Héroes! Pioneros insaciables... **(Saca de una cartera las cuartillas de Baltasar, empieza a leerlas con avidez.)** ¡Claro! ¡Pero ese Baltasar es un genio! Cómo no se me había ocurrido antes... Raíz cuadrada de pi... Claro... ¡Claro! **(Pasa páginas.)** No tiene error posible... ¡Le haremos una estatua! ¡Estamos ante un Galileo, un Newton! ¡La conquista del espacio sin motores! El sueño de toda la vida... Volar...

(Sigue leyendo los cálculos. Antolínez se ha ido acercando, mira lo que está leyendo.)

ANTOLÍNEZ.- ¿Me permite, colega?

(Le da la vuelta a la página. Silencio.)

PELÁEZ.- Claro... ya decía yo que había algo raro... Así se comprende mucho mejor... Pero de todas formas, casi mejor que vengan esos dos y nos lo expliquen.

(Sale el Doctor. Entra primero Recaredo, hecho una ruina, con vendajes por todas partes y unas muletas. Después Baltasar, sólo con algún esparadrapo en la cara.)

(Se dirige hacia Baltasar.) Es inútil preguntar cuál de los dos es el que sabe volar... A mis brazos... Le habla el ministro del aire en persona... un águila... como usted... Permítame que le condecure oficiosamente... Siéntese por favor... Le nombro caballero del aire y espero que esta medalla sea la primera dentro de las muchas que le esperan... Vamos a ver, ¿quién le ha metido en este horrible manicomio?

BALTASAR.- (Señalando al ministro de trabajo.) Ha sido él.

ANTOLÍNEZ.- ¿Yo...? Bueno es que...

PELÁEZ.- ¡Idiota !

ANTOLÍNEZ.- Yo... ¿verdad? Cuando se corrió la voz de que volar era posible...

PELÁEZ.- ¡Vago !

DOCTOR.- ¡Camello !

ANTOLÍNEZ.- ¡Usted tenga mucho cuidado con lo que dice... !

PELÁEZ.- Pero si es cierto, hombre... Con lo que habrá padecido en este sucio lugar...

RECAREDO.- Y yo...

PELÁEZ.- ¡Silencio !

RECAREDO.- ¿Entonces yo no puedo hablar?

PELÁEZ.- ¡No ! ¡Aquí no hablan más que los que saben volar ! ¡Los valientes ! Y a usted basta con verle para comprender que usted no ha nacido para el aire... so vaca...

DOCTOR.- ¡Camello !

PELÁEZ.- Galeno... ya está bien...

RECAREDO.- ¡Cabrón !

PELÁEZ.- Muy bien llamado... Tampoco usted ha nacido para el aire, estúpido... No sé por qué habla...

ANTOLÍNEZ.- ¿Y tú?

PELÁEZ.- ¿Yo? ¿Que si he nacido para el aire yo, que soy ministro del Aire? Pues si no quién... estúpido... Con cuarenta medallas que tengo... **(A Baltasar.)** ¿Qué le parece?... Vamos a ver, Baltasar, hemos estado analizando sus fórmulas matemáticas y aunque evidentemente estamos todos de acuerdo con sus teorías, quisiéramos que sin tecnicismos, nos dijera que hace falta para volar...

BALTASAR.- Tirarse.

(Silencio.)

PELÁEZ.- ¿Cómo tirarse?

BALTASAR.- Tirarse. Abrir la ventana y tirarse. **(Pausa.)** ¿Por qué cree que el primer ser vivo abrió los brazos con intención de elevarse?...

PELÁEZ.- Pues... **(A los demás.)** ¿A ver por qué?

(Silencio.)

BALTASAR.- Porque su vida peligrosaba... Porque vio en el aire la única forma de sobrevivir.

PELÁEZ - ¿Lo ven?

BALTASAR.- Iba a ser atrapado... Quizá corría a gran velocidad y empezó a bracear desesperadamente buscando algún punto de apoyo... Sólo encontró el aire y sólo se elevó unos milímetros... quizá sólo unas décimas de milímetro... No era mucho... pero sí suficiente. El aire se había convertido en una plataforma sólida sobre la que podía levantarse... El primer pájaro había nacido...

(Silencio. Le escuchan embelesados.)

PELÁEZ.- ¡Qué listo es este hombre...!

ANTOLÍNEZ.- Trabaja en mi ministerio... en la sección de Ejecutivos.

RECAREDO.- Conmigo.

ANTOLÍNEZ.- ¡A callar!

RECAREDO.- ¿Entonces yo no puedo decir nada?

ANTOLÍNEZ.- No delante de los genios... ¿No se da cuenta? Estamos asistiendo a las primicias de una revolución en el concepto del hombre... Por favor... adelante...

BALTASAR.- Es el miedo lo que hace mover los brazos con la rapidez suficiente para elevarse... Se llega a un punto en que se nota un impulso hacia arriba...

ANTOLÍNEZ.- (Al Doctor.) ¿Usted ha notado un impulso hacia arriba?

DOCTOR.- Pues... bueno... no sé exactamente...

ANTOLÍNEZ.- A mí me parece que yo no he notado nada...

RECAREDO.- Yo, sí.

ANTOLÍNEZ.- Le advierto que falta bien poquito para el desfile, querido...
¿Usted qué va a notar...! Si no lo he notado yo, cómo va a notarlo usted...

PELÁEZ.- Siga, siga... Estoy sobre ascuas...

BALTASAR.- Y subí al primer piso y salté... No era bastante altura... No lo pensé más. Subí al último piso y volví a saltar...

PELÁEZ.- ¿Y qué? ¿Sintió el impulso?

BALTASAR.- Tampoco. Me quedé colgado de una bandera...

PELÁEZ.- Vaya hombre...

BALTASAR.- Entonces me fui a la sierra. Me subí al pico más alto y me tiré.
¿Saben que pasó?

ANTOLÍNEZ.- No...

BALTASAR.- Que me partí las piernas por cinco sitios... Se me salieron los ojos de las órbitas... Me dejé los dientes pegados a la piedra... Se me reventó el hígado...

PELÁEZ.- ¡Calle, calle! Me está poniendo mal cuerpo...

DOCTOR.- Entonces, esa vez ¿tampoco sintió nada?

BALTASAR.- Claro que sí...

PELÁEZ.- ¿Pero muy fuerte?

BALTASAR.- Regular, regular...

PELÁEZ.- ¿Cómo de fuerte?

BALTASAR.- Como un... como un soplido...

ANTOLÍNEZ.- ¿Nada más?

BALTASAR.- Como algo que se opusiera a la caída...

DOCTOR.- Eso está mejor...

BALTASAR.- Y ya a la vez siguiente, me elevé...

PELÁEZ.- Lógico...

BALTASAR.- Fue algo maravilloso... como una sensación de plenitud... de hinchazón... algo mágico que te sujeta por debajo... Estás ahí arriba... por encima de todos los mortales... suspendido... etéreo... intangible... casi inmortal.

(Silencio.)

PELÁEZ.- Yo me tiro...

ANTOLÍNEZ.- Yo no sé qué decirte...

PELÁEZ.- Está clarísimo... Cómo no se me ha ocurrido antes... Hay que tirarse. ¡Zas! ¡Al vacío! ¡A que te sujete el aire...! ...Ya me estoy viendo entrar al ministerio planeando, entre aplausos... La Presidencia va a ser mía... Tengo que saltar... Tengo que... **(Se ha acercado a la ventana. Traga saliva.)** Coño... Está alto, ¿eh?

DOCTOR.- Bah...

ANTOLÍNEZ.- Yo no lo he visto tan alto... ¿Verdad?

DOCTOR.- ¡Qué va...!

ANTOLÍNEZ.- Yo me he tirado sin dudar... Abrí la ventana y salté...

DOCTOR.- Y yo...

(Peláez se seca el sudor.)

PELÁEZ.- ¿Y si pudiéramos unos cuantos colchones abajo?

ANTOLÍNEZ.- ¡No, no! ¡Nada de colchones! ¿Verdad que con colchones no sirve?

BALTASAR.- Hombre...

(Le hace señas Antolínez de que diga que no.)

ANTOLÍNEZ.- (Aparte.) Le ofrezco la subsecretaría...

RECAREDO.- Con colchones no vale...

BALTASAR.- Hay que saltar. El miedo es el que hace mover los brazos con fuerza.

(Peláez mueve los brazos.)

PELÁEZ.- Es que... Tengo piedras en la vesícula... ¿No estorbará para nada?

BALTASAR.- Creo que no.

PELÁEZ.- Y... ¿y si bajara un piso o dos?

ANTOLÍNEZ.- ¡No, no! ¡Eso no sirve tampoco! Todos nos hemos tirado desde aquí. Tú que eres tan maravilloso paracaidista...

DOCTOR.- Con apuntar bien al *capot* del coche...

PELÁEZ.- Está bien... Está bien... Adelante. Saltaré.

(Se aleja unos pasos de la ventana. Da un grito terrible, como de kárate, toma carrerilla y al llegar a la ventana, la bordea, sin tirarse. Se seca el sudor, descompuesto.)

Está... está muy alto...

ANTOLÍNEZ.- Vaya un ministro del aire...

PELÁEZ.- (Llevándose la mano al pecho.) Me duele aquí... Creo que me estoy mareando...

DOCTOR.- (Tomándole el pulso.) Le veo perfectamente...

RECAREDO.- Cagón...

ANTOLÍNEZ.- Miedica...

DOCTOR.- ¡Vamos! Verá cómo planea enseguida... Con su experiencia...

PELÁEZ.- **(Secándose una lágrima.)** Me voy a romper la crisma... Lo sé... Lo sé... **(Se aleja otra vez, lloriqueando. Sin ninguna convicción toma carrerilla, pero cuando iba a detenerse delante de la ventana, tropieza con una tabla del entarimado y cae al vacío en un grito.)**

BALTASAR.- **(Desde arriba.)** ¡Los brazos! ¡Mueva los brazos!

(Se oye el ruido de la cabeza de Peláez perforando el capot del coche, con gran estrépito.)

ANTOLÍNEZ.- ¡Señor ministro...!, ¿se encuentra bien?

PELÁEZ.- ¡Asesinos!... ¡Terroristas!... ¡Me cago en vuestra puta madre...! Que se sentía un impulso hacia arriba... Que el aire mismo te sostenía... eh... Malditos... **(Lamentos de dolor.)**

(Cambio. Peláez, escayolado. A su lado Antolínez, también escayolado. La escena tiene lugar en alguna sala de hospital.)

PERIODISTA.- Después de esta experiencia emocionante que acaban de realizar, la gente se pregunta, ¿qué está sucediendo? ¿Es quizá posible que el hombre, por sus propios medios pueda llegar a volar?

PELÁEZ.- Tajantemente, no. La caída es vertical, terrible, recta, progresiva, espeluznante. No existe el menor asomo... la menor insinuación de impulso hacia arriba. La ley de Arquímedes, en el aire, es mentira. El choque contra el suelo, doloroso, espeluznante... No. Todo esto es producto de una mente enferma, de un soñador delirante... de un psicópata grave de alta peligrosidad social.

ANTOLÍNEZ.- Estoy completamente de acuerdo con el ministro del Aire... No es posible que el hombre pueda llegar a volar por sí solo. Somos primates, plantígrados, seres hechos para la tierra... Somos mamíferos inteligentes y no aves. Nuestra aspiración de absoluto existe. Nuestro deseo de eternidad es un hecho. Pero no tenemos nada que ver con los pájaros, que entre otras cosas, personalmente me parecen unas criaturas estúpidas.

PERIODISTA.- ¿Quisieran ustedes describirnos cómo y por qué tomaron la decisión de lanzarse al vacío?

PELÁEZ.- Precisamente para demostrar en mi propia carne la falsedad de esa teoría. Como titular de la cartera del Aire, quise tener el honor de sufrir en mi propio cuerpo las consecuencias fatales que tales aberraciones psicológicas podrían tener para la aviación. Por tanto, una vez hube tomado la decisión de saltar al vacío, abrí la ventana, saludé a los héroes de la patria y me precipité de cabeza, sabiendo con certeza que corría a una muerte cierta.

PERIODISTA.- ¿Y usted, señor ministro?

ANTOLÍNEZ.- Lo mío fue todavía más terrible. Era un día festivo. Normalmente a la hora del accidente, me encuentro en mi despacho pues los problemas laborales son tan graves y diversos que no permiten el menor respiro. Sin embargo dos de mis funcionarios se encontraban gravemente enfermos, aquejados de una extraña enfermedad mental. La sección de Ejecutivos, una de las claves de mi ministerio, con la ausencia de ambos, fallaba... ¡Sentí que me necesitaban ahí, con ellos, para compartir el dolor de sus mentes enfermas! ¡Subí al coche rápidamente, me precipité en la autopista, la aguja del cuentakilómetros iba midiendo exactamente la distancia que me separaba de ellos! ¡Corrí a la puerta del manicomio! Nada más verme todos los locos se abalanzaron desde la terraza a saludarme... Subí. *Os necesito*, les dije... Voy a demostraros lo erróneo de vuestro postulado... *Os lo voy a demostrar prácticamente, de una forma terapéutica, que a modo de catarsis, cure el mal de vuestros cerebros...* ¡Ahí voy, les dije! *Ved cómo me estrello contra el suelo.*

(Silencio. Peláez le mira airado.)

PERIODISTA.- Parece que hay alguna evidencia de que algunos ya han volado... La delegación japonesa ha declarado que...

PELÁEZ.- Sabemos de sobra lo que dicen los nipones... *Glu, gli... Gli, glu...*

PERIODISTA.- ¿Cómo lo sabe?

PELÁEZ.- Eran pájaros con pijama. Sencillamente. Lo digo yo que sé por mi cargo más de pájaros que nadie. Yo no digo *glu, gli*, ni estupideces de esas. Yo afirmo que se trataban de pájaros que iban a la cama.

PERIODISTA.- Algunos funcionarios del ministerio de trabajo han visto que Baltasar planeaba... que incluso Recaredo amortiguó la caída con los movimientos desesperados de sus brazos.

ANTOLÍNEZ.- Respecto a Recaredo le diré que es un trozo de tocino con pelo... Difícilmente me imagino que un ser semejante pueda volar. Y respecto a Baltasar, le diré que vive en el concubinato con una joven, que dicha joven se encuentra embarazada, y que junto al abandono del hogar, a su larga historia de disidente político, incluso de terrorista, hay cierta evidencia de que también ha caído en el homosexualismo... Sabíamos desde hacía tiempo las largas conversaciones amorosas que mantenía con su compañero de trabajo, habiendo llegado incluso a abandonarse a tocamientos... Respecto al testimonio de ciertos funcionarios de mi departamento, le aseguro que todo eso va a quedar claro durante el desfile militar que tendrá lugar dentro de unos días.

PERIODISTA.- Sin embargo es sabido que en múltiples puntos del país han nacido focos de rebelión... Muchos son los que pretenden volar... Parece que ha cundido una desesperación en masa o un ansia metafísica incontrolable... La gente se sube a los pisos más altos y se tira de cabeza con la ilusión de un vuelo hipotético.

PELÁEZ.- Tenemos la respuesta. Sí. Se trata de una epidemia. De una grave epidemia que hará falta atajar de raíz... Baltasar es el vector infeccioso. Él ha infectado las mentes ingenuas de nuestros campesinos con el veneno de sus palabras... ¿Conoce usted el déficit de las compañías aéreas?

ANTOLÍNEZ.- ¿Y el de los fabricantes de zapatos?

PELÁEZ.- E incluso, poniéndonos ya en términos utópicos en la posibilidad de que por alguna extraña ensoñación el hombre consiguiese volar, ¿quién le controlaría entonces?

ANTOLÍNEZ.- ¿Dónde se pondrían las fronteras? ¿Se puede concebir un hombre totalmente libre? ¡No; esa es la respuesta ! ¡Eso es libertinaje y no libertad !

PELÁEZ.- Ese hombre anárquico, incontrolado, sometido al único destino de su albedrío, supone un peligro para nuestra convivencia.

ANTOLÍNEZ.- Y además, imagínese por un momento qué sucedería en el mundo si se empieza a reproducir por huevos...

PELÁEZ.- Lo dicho: caza y captura de cualquier ciudadano que levante las manos por encima de la cabeza en una aspiración de vuelo.

PERIODISTA.- ¿Y para peinarse?

ANTOLÍNEZ.- ¡El pelo al cero, coño !;Que ya me empieza usted a cansar ! Ya está bien de melencidos... Vaya con el periodistilla este...

PELÁEZ.- Está usted lleno de odios, eh...

ANTOLÍNEZ.- No te jode...

PERIODISTA.- Hay incluso quien dice que estamos en presencia de una revolución decisiva en la historia del pensamiento humano... hay quien asegura que Baltasar es un profeta... un mesías mitad pájaro mitad hombre, enviado a la tierra para redimir nuestra esclavitud.

PELÁEZ.- (Cogiendo al Periodista del brazo, empujándolo hacia la puerta.)
Ahora mismo, joven, va usted a hacer la experiencia del vacío... Verá cómo se convence de la falsedad de todas estas patrañas...

(Abre la puerta. Formidable empujón. Se oye al Periodista caer por la escalera con gran estrépito. Antolínez tiene cara preocupada.)

ANTOLÍNEZ.- Colega... sabe... hay algo que todavía no comprendo... ¿Para qué se pondrán los pájaros pijama para dormir?

PELÁEZ.- ¿También usted?

ANTOLÍNEZ.- ¿Y si efectivamente Baltasar fuera un pájaro?

PELÁEZ.- ¡Pondría un huevo !

ANTOLÍNEZ.- Eso es lo que ha pasado. **(Saca un huevo enorme envuelto en papeles.)** Aquejada de fuertes dolores, Mirinda ha ingresado en una clínica y ha parido un par de enormes huevos.

(Pánico de Peláez.)

PELÁEZ.- Estamos perdidos... Si la gente se llegara a enterar... ¡Que no se entere nadie de esto! ¡Máxima precaución! Haremos si hace falta una buena tortilla... Corramos a la clínica... Disimulemos, colega... El futuro de la humanidad peligra... Ya no podemos detenernos... **(Coge el huevo.)** Hola, guapo... ¿tú también sabes volar? **(Le hace alguna mueca como si fuera un recién nacido.)**

ANTOLÍNEZ.- ¿Qué va usted a hacer?

PELÁEZ.- ¡Tome!

(Se lo tira. Antolínez lo coge con dificultad.)

Venga... ¡Vamos!

ANTOLÍNEZ.- Pero...

PELÁEZ.- ¡Tire!

(Antolínez, asustado, se lo tira. Varias veces, centrándolo en diferentes posiciones.)

No sabe volar... pobrecito... Está claro que no sabe volar todavía...

(Toma impulso y lo tira por la ventana. Se oye un grito de algún transeúnte que grita: «¡Ahora verás! Recién sacado del tinte... y encima con un huevo de avestruz». Salen corriendo del cuarto. Cuarto de la sección de maternidad del mismo hospital. Una ventana. Mirinda mueve una cuna de un lado a otro, con una mirada de gran ternura. Le empieza a decir al hijo que se encuentra dentro una serie de cosas sin mucho sentido aparente, pero cifrado en lenguaje de madre.)

MIRINDA.- ¿Cómo está el rey de la casa?... ¿Eh?... ¡Prrrr! ¡Prrrr!... ¿Cómo está el corazoncito de mamá?... El nene... nene... ¡Prrr! Prrr... Y quién es la mamá que más quiere a este niño pequeñito... Quién es la que le adora... (**Letanía de pucheros, carantoñas y sonrisas maternas. Después coge a un enorme huevo, semejante a los de un avestruz, lo envuelve en un pañal y lo levanta en alto.**) ¿Y cuándo va a ver este niño a su hermanito?... ¿Cómo?... ¿Que dónde está? En la incubadora... Y me ha dicho que tiene muchas ganas de verte. ¿Cómo?... Claro que sí... Tú también tienes que ir allí para salir de esa cáscara... Porque tú eres un niño muy bueno... (**Empieza a arrugar la cara y solloza.**) ¿Papá?... En el manicomio... sí... No sé cuándo lo volveremos a ver, hijo... No lo sé...

(Deja el huevo en la cuna, y meciéndole, llora amargamente. Entra el Doctor, que le pone la mano en el hombro, intentando consolarla.)

DOCTOR.- Vamos... vamos... Todo se arreglará... La cáscara se romperá antes o después... Y saldrán bien... ¿Por qué tienen que salir mal?... Vamos...

MIRINDA.- Doctor, dígame, ¿soy una mujer o una gallina?

DOCTOR.- ¡Una mujer!

MIRINDA.- Pero que pone huevos...

DOCTOR.- Exactamente... Esa es la definición correcta...

MIRINDA.- ¿Y qué saldrá, un niño o un pollo?

DOCTOR.- Pues eso ya lo veremos... hija... Igual sale un niño con alas... o un ángel... quién sabe... igual es un ser extraordinariamente bello e inteligente...

MIRINDA.- ¿Y si tiene pico, qué hacemos?

DOCTOR.- Darle maíz en vez de leche... O alpiste... Vaya unas preguntas. Se preocupa por nada...

MIRINDA.- Y cuando tengan que ir al colegio, doctor... ¿Hay colegios para pollos o para pájaros?

DOCTOR.- No que yo sepa... pero se buscará un lugar adecuado... No veo por qué no se puede enseñar la cartilla en una granja avícola por ejemplo... Tranquilidad... el otro se encuentra en la incubadora... Pero si usted quiere le traemos y se pone usted encima a darle calor... Su embarazo no ha sido normal, hija. Debe comprenderlo...

MIRINDA.- ¿Pero y esto qué es? ¿Una maternidad o un manicomio?

DOCTOR.- Es... bueno es... un manicomio... claro... pero que hace veces de maternidad... Yo... **(Se seca una lágrima.)** lo siento... De verdad...

MIRINDA.- ¿Y mi marido? ¿Por qué no puedo verle?

DOCTOR.- No puedo hacer nada, señora. He dejado de ser el director. Me han prohibido ver enfermos... Estoy bajo arresto yo también...

MIRINDA.- Necesito verle... Tengo que verle... no puedo...

(Se abre la puerta y aparecen Peláez, Antolínez, Baltasar y Recaredo, estos dos últimos con pijamas de locos. Mirinda se tira a los brazos de Baltasar y se besan. Peláez hace un signo al Doctor de que salga. Sale.)

PELÁEZ.- ¿Ve cómo no hemos faltado a nuestra palabra? Quería verla y ya la ha visto... Se lo hemos prometido y hemos cumplido...

ANTOLÍNEZ.- Ya están juntos como quería...

(El aspecto de Baltasar y Recaredo es lamentable: demacrados, pálidos, con la cara llena de costurones, con algún hematoma. Baltasar se acerca a la cuna.)

BALTASAR.- Qué guapo es...

MIRINDA.- ¿Verdad...?

(Se cogen de la mano, formando un cuadro entrañable. La coge de la cintura.)

RECAREDO.- ¿Y el otro?

ANTOLÍNEZ.- Se encuentra perfectamente. En la incubadora... Les tienen que calentar por turnos...

(Empieza a oírse a lo lejos música militar.)

RECAREDO.- ¿Y eso?

ANTOLÍNEZ.- (Con tono cortante.) El desfile...

(Mira fijamente a Recaredo, que aprieta las mandíbulas con un odio creciente. Su cara se ha transformado. Su bondad inicial se ha tornado violácea. Labios cortantes. Pelado al cero.)

BALTASAR.- Tenía tantas ganas de verte... Te he echado de menos...

MIRINDA.- Y yo...

BALTASAR.- ¿Cómo se llama...?

MIRINDA.- No me he atrevido a ponerle nombre todavía...

(Baltasar empieza a silbar al hijo en la cuna, tiernamente, acariciándole, se le caen lágrimas que va tragando. Se han acercado todos alrededor de la cuna. Cada uno le silba y habla con onomatopeyas. Peláez ha cogido un enorme sonajero y lo agita, cada vez más fuerte.)

PELÁEZ.- No parece que oye mucho, ¿verdad?

(Mirinda rompe en lágrimas. Recaredo se ha ido colocando a un lado, mirando a Peláez y Antolínez fijamente. La marcha militar se va acercando.)

ANTOLÍNEZ.- Bueno... creo que el tiempo ha pasado... Tienen que volver a su cuarto...

(Coge a Baltasar de la mano y le intenta llevar hacia la puerta.)

No se preocupe, nos ocuparemos de todo... Y si sale un pájaro, le pondremos un buen nido... El ministerio tiene un presupuesto especial para estos casos...

MIRINDA.- ¿Ya...? ¡Ya!

(Mirinda sujeta a Baltasar de la otra mano.)

BALTASAR.- (A Antolínez.) Está bien. De acuerdo.

(Silencio.)

MIRINDA.- De acuerdo, ¿qué?

BALTASAR.- De acuerdo.

RECAREDO.- ¿De qué hablas?

PELÁEZ.- No es nada de importancia... Un simple pacto entre caballeros...

ANTOLÍNEZ.- Estamos dispuestos a todo... Cuenten con nosotros...

MIRINDA.- ¿De qué hablan?

PELÁEZ.- Un acuerdo interno, señora. Nosotros no somos jueces, señora... Nosotros creemos firmemente en la capacidad de vuelo de su marido. Pero es él mismo quien tiene que demostrar que no está loco...

ANTOLÍNEZ.- Y demostrarlo con hechos... volando.

PELÁEZ.- No lanzándose burdamente al vacío, sino volando.

ANTOLÍNEZ.- Y si consigue volar... si demuestra palpablemente de que es capaz de volar, no sólo le dejaremos libre a él, sino a todos aquellos detenidos por levantar las manos por encima de la cabeza...

PELÁEZ.- Y entonces quedará libre para surcar el espacio de hombre con capacidad aérea, capacidad de eternidad e infinito, por qué no... Y si las compañías de aviación quiebran, si quiebran las líneas de ferrocarriles y las autopistas, si quiebran las líneas marítimas, pues que quiebren...

ANTOLÍNEZ.- No pedimos que se retracte de nada, sino que lo demuestre.

(Silencio.)

RECAREDO.- No saltes, Baltasar...

MIRINDA.- No lo hagas...

(Silencio. Peláez coge a Baltasar de la mano, le arrastra suavemente hacia la puerta.)

BALTASAR.- De acuerdo.

(La música militar se ha ido haciendo más fuerte, más violenta y agresiva. Se oyen los pasos de los soldados. Peláez se dirige a la ventana, levanta los brazos y se hace el silencio. También se asoma Antolínez intentando desplazar a Peláez. Uno levanta los brazos, el otro se mete por debajo de la axila. Después a la inversa.)

PELÁEZ.- (Transfigurado.) ¡Queridos todos !

ANTOLÍNEZ.- ¡Estamos aquí para demostraros...

PELÁEZ.- (Cortándole.) ... que el hombre es más que un mamífero absurdo...

ANTOLÍNEZ.- Para demostraros digo...

PELÁEZ.- ... que es más que una criatura sin sentido perdida en el desierto del universo...

ANTOLÍNEZ.- (Por bajo.) Te vas a ganar una...

PELÁEZ.- Para demostraros que es el dueño del espacio... que hay en sus...

ANTOLÍNEZ.- ... aspiraciones, eternas e insondables ansias de infinito...

(Peláez empuja a Antolínez con violencia.)

PELÁEZ.- ¡Y para que quede patente esa realidad etérea que hemos conseguido con una justa política... !

(Antolínez aparta a Peláez de una patada.)

ANTOLÍNEZ.- ... del ministerio de Trabajo... uno de sus funcionarios...

PELÁEZ.- ... va a saltar desde la ventana al vacío...

(Aparece Baltasar en la ventana. Clamor general, gritos febriles, aplausos. Antolínez y Peláez se cogen de la nariz, se pelean como dos niños. Pero ante el clamor creciente, quedan atónitos. Baltasar se ha puesto de pie en la ventana, pálido, con el pijama del manicomio. Se ha hecho un silencio impresionante.)

RECAREDO.- ¡No saltes ! ¡Baltasar... amigo !

MIRINDA.- No... ¡no !

(Baltasar toma impulso, y se lanza al vacío. Clamor general. Todos desde la ventana siguen las evoluciones de Baltasar en el aire. Gritos. Parece ser que cae, pero después levantan ligeramente la cabeza, con un respiro. Vuelve a caer, pero vuelve a elevarse. Los gritos de terror suceden a los aplausos cuando consigue elevarse. Y al final, van levantando la cabeza lentamente, mientras estalla un aplauso tremendo. Gira a la derecha, a la izquierda.)

Vuela... ¡Lo ha conseguido ! ¡Vuela ! **(Empieza a llorar de alegría.)**

DOCTOR.- ¡Han robado el huevo de la incubadora !

(De pronto suenan dos tiros. Silencio. Grito de terror.)

PELÁEZ.- Tenía que pasar.. Me lo estaba temiendo... ¿Dónde íbamos a llegar así?... **(Sonrisa de complicidad.)** Seguro que le han confundido con un águila... Volaba tan bien... tan alto... Qué pena...

(Mientras habla, aplasta con saña el huevo de la cuna, sonriendo. Cara de estupor de Antolínez, ignorante quizá del plan urdido por Peláez. Grito de Mirinda. Pero Recaredo ha sacado un estilete de debajo del pijama, una larga cuchara con el mango pacientemente afilado, y apuñala a Antolínez y Peláez con saña. Después se sube

a la ventana y salta al vacío. El Doctor ha cogido a Mirinda por el hombro. Parece que Recaredo cae, pero luego se levanta, y cae y se levanta. Y acaba elevándose, alto, muy alto, camino de algún punto desconocido, ingrávigo, etéreo, libre.)

FIN